

BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA

DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XVIII

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

Moratín y lo vasco

Por el P. ANSELMO DE LEGARDA

En el segundo centenario del "natal dichoso" de don Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) han celebrado a una de las figuras literarias más relevantes de su época.

En el País Vasco le debíamos siquiera una conmemoración al viajero de nuestros caminos; al escritor que, sobre todo en su correspondencia, estampó recuerdos y observaciones referentes a nuestra tierra; al hombre que mantuvo relaciones con buen número de personajes de apellido vasco. Aspectos en que no solemos reparar, pues tradicionalmente el nombre de Moratín va enlazado a Zugarramurdi y Logroño por su reedición anotada del famoso *Auto de fe*.

VIAJERO.—El primer viaje de Moratín por el País Vasco fue en 1787, como secretario de Cabarrús (1). El 3 de octubre del mismo año le escribía a Ceán Bermúdez desde Auch: "Y ¿quién le dice a usted que aún no he pasado las cumbres de Pirene? Las pasé en hace mucho tiempo, y no por Bellegarde, sino por el otro

(1) Según Manuel SILVELA, en la *Vida* de su amigo, prólogo de las *Obras Póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*, t. I, Madrid, 1867, páginas 13-15. Como la mayor parte de las citas alegadas en este trabajo pertenecen a los tres tomos de *Obras Póstumas*, Madrid, 1867-1868, prescindiré de las llamadas y notas señalando arriba tomo y página.

lado, y crucé el Bidasoa, y vi la Isla de los Faisanes, tan célebre en la historia por los ilustres casamientos que se han celebrado en ella, y por las paces y alianzas perpetuas que allí se han jurado y a los dos meses se han desvanecido, todo en beneficio de la humanidad afligida. Estuve en Vitoria y vi su nueva plaza, que, como no la llamen plaza, no tendré inconveniente en confesar que es un patio muy bonito. Vi a Orduña y el excelente camino construido en su alta peña. Estuve en Bilbao, villa muy alegre, limpia, bien poblada, donde hay actividad, tráfago, dinero, sociedad amable, muy inclinada a merendar, a beber y a reir. Volví a Vitoria, pasé por Miranda, llegué a Pancorvo, abundante en cangrejos; y deshaciendo el camino y sufriendo registros de aduanas interiores —¡qué excelente invención es esta de las aduanas interiores!—, volví a pasar el Bidasoa; padecí en Bayona las embestidas de los judíos y las del Sr. Olivera, el más pesado y corrompente individuo de la plebe de Israel. Vi en Pau el castillo en donde nació Enrique IV, y allí vi también una estatua pedestre de Luis XIV” (II, 113).

Cinco años más tarde, en mayo de 1792, anota puntualmente en su diario las jornadas de otro viaje. Lo hallamos ya en Burgos, camino de Francia, Inglaterra, Italia.

“10. A las tres salir; comer en Ameyugo; cenar en Vitoria.

11. A las cinco salir; a las diez en Mondragón, comer; en Tolosa a las diez.

12. Salir a las cinco; a las dos en San Juan de Luz, comer. A las seis en Bayona” (III, 243-244).

Por Silvela (I, 39) tenemos noticia de otro viaje, el de la llegada angustiosa de Moratín a Vitoria en julio de 1808: sabida la victoria de Bailén, el ejército francés evacua Madrid y Moratín se retira a la capital de Alava acompañado de su amigo Conde, en busca de seguridad.

Cuando huyendo de la peste de Barcelona, se acerca a la frontera, concibe el proyecto de un nuevo viaje a Vizcaya y le escribe a su amigo Juan Antonio Melón, desde Gerona, el 6 de setiembre de 1821: “Por ahora pienso seguir en compañía de don Manuel, que tanto me favorece (2); entrar en España por Irún

(2) Al compañero, amigo y favorecedor de Moratín, don Manuel García de la Prada, refiérese José María de Huarte, Marqués Vdo. de VALDETERRAZO, *Más sobre el Epistolario de Moratín*, en la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 68, 1960, 505-518. Las cartas moratinianas, a continuación, págs. 519-552. Las designaremos por “Valdeterrazo”. Este

y sentar mis reales en Bilbao, con el único objeto de ver si desde allí puedo pillar algo de Oviedo y Córdoba" (II, 372-373).

Su situación económica le movía a intentar el cobro de las rentas atrasadas de su beneficio en la iglesia parroquial de Montoro y la pensión sobre la mitra de Oviedo.

Pero llega a Bayona y, el 28 de setiembre del mismo año, le escribe a su amigo don Manuel Silvela, residente en Burdeos, manifestándole su desánimo: "He llegado a esta ciudad y me hallo muy indeciso en cuanto a saber si deberé ir a pasar el invierno a Bilbao —en donde nada tengo que hacer—, o a Burdeos, en donde me hallaría lejos y libre de las incomodidades y desabrimientos que tanto abundan en nuestra patria dulcísima, y que, según las trazas, se irán aumentando sucesivamente. [...] Es imponderable la repugnancia que siento al considerar que he de pasar otra vez el Pirineo" (II, 375).

RECUERDOS.—Mientras viajaba o vivía lejos del País Vasco, conservaba vivo su recuerdo. En 1793, en el viaje de Inglaterra a Italia, entre Francfort y Manheim, come en Hapenheim, elogia su paisaje y cocina, y añade: "Las mujeres van descalzas, como nuestras vizcaínas, con unos sombreros de paja de enorme tamaño" (I, 287).

En otra etapa del mismo viaje, sale de Friburgo de Brisgovia, camino de la frontera suiza, y pinta el paisaje: "Salí a las cinco con dirección entre Oriente y Sur: buen camino entre grandes montañas; pedazos muy parecidos a Guipúzcoa; casas de madera repartidas a corta distancia, tierras labradas donde lo permite la aspereza del piso, muchos árboles" (I, 292).

Tampoco faltan reminiscencias devotas. Desde Bolonia le escribe a Melón el 10 de setiembre de 1793: "Creo que Esain podrá hacer esto. Suplicaselo por Dios y por la Virgen de Begoña para que lo haga" (II, 151).

A doña Francisca Muñoz, desde Barcelona, el 26 de junio de 1816, le dice con ironía: "Basta para mi satisfacción el saber que me lo han robado; y en cuanto a la señora Engracia, te digo que es muy devota de la Virgen de la Antigua, que se venera en la villa de Orduña" (II, 255).

publica su colección con los originales a la vista y nos da las cartas con algunos párrafos que no aparecen en la edición de Hartzenbusch, en las **Obras Póstumas**. Nos lo advierte Valdeterazo, pág. 509. A Valdeterazo acudiremos por lo regular cuando la carta o el párrafo falten en Hartzenbusch.

A pesar de la rapidez de su paso, presumía de conocer bien las distintas regiones peninsulares a la hora de aconsejar a su amigo Melón, tentado de volver a España. Con fecha 18 de setiembre de 1816 va pasando revista a Pastrana, Madrid, Barcelona, Valencia, Santander; las rechaza por distintos motivos y agrega: "La Vizcainurria (3), ya la conoces; no sé si te gusta; pero como son los porteros y han visto a los que han salido, no sé qué trato darán a los que vuelvan. Yo diría —salvo tu dictamen— que sería bueno algún pueblo de Navarra y aún mejor alguno de la Rioja —exceptuando Pamplona y Logroño—. En esta última provincia me parece que te iría bien: es buena gente, alegre, sencilla, que sólo piensa en comer y beber; la tierra, abundante y templada. Quedabas entonces a menor distancia de Madrid y no lejos de Francia, si tratabas de volver" (II, 263).

Peligrosa que su posición más o menos fronteriza y los resquemores de la lucha reciente les forzaran a obrar contra su natural a los mismos que habían merecido los elogios de Moratín en 1787. Y no es de creer que fueran óbice para vivir en paz San Sebastián, Bilbao o Vitoria, los pujos de nobleza que les achacara el mismo Moratín en su viaje a Inglaterra en 1792: "Una de las extravagancias que, a mi entender, hacen poco honor a las luces de esta nación —que algunos, acaso con demasiada facilidad, suelen llamar la nación filósofa—, es la de la nobleza. Hacemos burla de los vizcaínos, asturianos y montañeses, porque pecan en linajudos; pues no hay que admirarse: los célebres ingleses caen también en esta debilidad" (I, 185).

Debilidad en que acaso cayera el mismo Moratín a los sesenta y seis años, cuando, al pergeñar su autobiografía, principiaba muy orondo: "Soy de una familia noble de Asturias" (III, 301).

LENGUA.—Entre las observaciones merecen especial mención las relativas al vascuence. El 23 de marzo de 1787, desde Montpellier, le escribe a su "amado Juanito", es decir, a don Juan Pablo Forner, y aplaude su propósito de escribir un compendio de la historia patria, porque "nada hay en este género que merezca estimación". Rechaza el del P. Duchesne, traducido por Isla, aunque la traducción no puede llamarse mala. Refiérese a las mil impertinencias añadidas al texto y al estilo bufonesco de

(3) Parece denominación burlesca o despectiva de las Vascongadas. Un diccionario de la rima nos presentaría el sufijo *-urria* en una serie de palabras poco nobles.

Isla en algunas ocasiones (4), y da principio a la enumeración de algunas de aquellas impertinencias del anotador del *Compendio* (5): "La etimología absurda del nombre de España; la opinión desmentida por cuantos monumentos existen, de que en ella había una sola lengua; creer de buena fe que era la vascongada; soñar que Túbal habló vizcaíno..." (II, 80).

El P. Isla, en el pasaje censurado, no se conforma con la etimología conejil de España, sacada de la lengua púnica y propone (6) otra "más honrada, más decente y sin comparación más verisímil", basada en lengua peninsular: "En la antiquísima del bascuence —donde esto se escribe (7)— al labio se le llama *ez-pañà*. Y ¿qué dificultad habrá en creer que este nombre se derivase después a toda la nación, para significar que toda ella era de un mismo labio, esto es, de una misma lengua, según la frase de la Sagrada Escritura: *Erat autem terra labii unius* (Gn. 2); y hablando de la confusión de lenguas en la torre de Babel: *Ibi confusum est labium universae terrae*?

"Lo cierto es que Túbal trajo a España alguna lengua, porque ni él ni sus compañeros eran mudos, que de este achaque adolecieron poco los que asistieron al soberbio edificio de Babel. Lo cierto es que es sumamente probable que esta lengua fue la bascongada, porque ni se la conoce otro origen, ni ha quedado en España lengua alguna que pueda disputarla la antigüedad."

Aunque Isla no cita ahí a Larramendi, es claro que sus noticias proceden del hijo de Andoain (8). Y de la seguridad con

(4) Una de ellas seguramente en la página de la lengua vizcaína, con su juego de gazapos y conejos, parrafillo suprimido en la edición madrileña de 1799 de Duchesne-Isla, que ofrece el *Compendio* "corregido y enmendado de orden del Consejo", t. I, pág. 30.

(5) *Compendio de la Historia de España, escrito en francés por el R.P. Duchesne...*, traducido en castellano por el R.P. Joseph Francisco de Isla..., t. I, Madrid, J. Ibarra, 1762; t. II, 1762. Ignoro si esta edición, por la que hago las citas, es rara: no la hallo registrada.

(6) *Compendio...*, I, 33-34.

(7) Se entiende mejor el paréntesis recordando que, como advierte Monlau, en la *Noticia* que precede a las "Obras escogidas" del jesuita, BAE, t. 15, pág. XXXII, hizo el P. Isla este trabajo "hallándose de lector de teología en Pamplona".

(8) En efecto, en el prólogo de su *Diccionario Trilingüe...*, San Sebastián, 1745, t. I, pág. CXI, expone la misma doctrina que Isla. Precisamente el año de la aparición de la obra de Larramendi, el P. Isla andaba madurando el designio de cnotar su traducción. Tal se desprende de la carta del P. Fevre citada casi al fin del prefacio del t. I del *Com-*

que se acuesta a su opinión es prueba aquella otra nota (9): "Cuando se dice que toda España hizo suyo el idioma romano, se deben exceptuar las Provincias Bascongadas, que hasta hoy conservan su lengua materna; siendo para mí lo más probable que fue la primitiva de toda la nación, como nerviosamente lo esfuerza el P. Manuel de Larramendi por toda la segunda parte de su copiosísimo y eruditísimo prólogo al *Diccionario Trilingüe*. Sus argumentos son de tanto peso que hasta hoy ninguno los ha desatado con solidez, aunque algunos los hayan combatido con demasiada animosidad; pero escaramuzando con el modo, sin atreverse a la substancia."

Es rara coincidencia que el tiro de Moratín, disparado contra Isla, hiera de rechazo al P. Larramendi en carta dirigida a Forner, quien en sus *Exequias de la lengua castellana* (10), como advertí en otra ocasión (11), pinta chistosamente "el risueño y bullicioso desenfado" del "vizcaíno Larramendi" en la defensa de la antigüedad de su lengua.

Del "agur" se ha hablado más de una vez. Quien se ponga a hacer su historia, comprobará que Moratín lo usa como despedida repetidas veces, alternando con el adiós. Por lo regular en cartas dirigidas a su íntimo Melón (12).

Burlescamente denomina "el tal violín de churriburri" a un Stradivarius (III, 26) (13).

Por lo que hace al *Auto de fe*, son conocidas las palabras o expresiones en vascoence con su equivalencia.

pendio, con fecha del 25 de mayo de 1745. No pudo llegar más a tiempo el prólogo de Larramendi.

Lo de Túbal, defendido en tierra vasca desde el siglo XVI, se lo brindaba también el prólogo de Larramendi, pág. CXV.

(9) **Compendio...**, I, 99-100. En varias notas se refiere Isla a asuntos de Navarra y Vascongadas: a qué cántabros sujeta Leovigildo, t. I, 168-169; que el nombre de Sancho es conocidamente vascónico, I, 221; a Pelayo no debe llamársele Duque de Vizcaya, I, 232-233; sobre los "reyes duendes" de Navarra, I, 263; la rota de Roncesvalles, I, 267; no vizcaínos sino navarros contra Córdoba en 873, I, 279; origen de Iñigo Arista, I, 344; qué debe entenderse por la Vizcaya cedida por el castellano al aragonés en 1114, II, 51; silencio de Duchesne sobre lo de Beotibar, II, 172.

(10) "Clásicos Castellanos" de La Lectura, t. 66, págs. 171 y 202

(11) **Lo Vizcaíno en la Literatura castellana**, San Sebastián, 1953 página 132.

(12) Por ejemplo, II, 130, 146, 178, 192, 321.

(13) Noté en **Lo Vizcaíno**, pág. 153, que a zurriburri, pariente de churriburri, se le dio etimología vasca.

ADUANA DE VITORIA.—Del relato de su primer viaje se trasluce su disgusto por las aduanas interiores. Los registros le molestaban cuando se hacían en su presencia. Luego, mientras vivió en el exilio, los envíos le tuvieron en continuo sobresalto. Prefería que los libros esperaran en Madrid lo que hubieran de esperar en Vitoria (II, 408).

En carta de 1825 manifiesta su mala opinión de los aduaneros: "Parece que las señoras de mi lugar no saben todavía relativo al peligro que corre el malaventurado chal de quedarse enredado entre las uñas de los aduaneros de Vitoria o los de Miranda —nunca más celosos del Real servicio que ahora—, o en las de los ladrones que infestan el camino de Irún a Foncarral" (III, 44).

Y en otro lugar (14): "El chal consabido no es azul —¡a buen tiempo se acuerdan de encargarse que sea azul!—; es amaranto y así le gusta a la señora administradora de la aduana de Vitoria" (III, 354).

Al año siguiente es un cuadro: "Aun creo que en esto ha de haber sus dificultades en la raya, y no sé si el señor Administrador de Vitoria aplicará al fisco el tal cuadro y adornará con él su sala de conversaciones" (III, 87).

En 1822 había recurrido a las recomendaciones para salvar el escollo de las aduanas: "Para las de España, que no sé cuántas son, V. verá a quién podrá encargar que cuiden de los tales libros, no me los roben; y en cuanto a Vitoria, si V. quiere, podrá poner dos letras a don Mateo Durú, Director de Contribuciones, diciéndole que el tal cajón conducido por Fulano, con dirección a la casa Basterreche, es el mismo que le ha recomendado don Manuel Silvela desde Burdeos, y que se sirva de estar a la vista cuando se registre, para que los libros no se extravíen y sigan su camino adelante. Si hay otro registro después —antes de llegar a la raya—, no lo sé, ni tengo conocimiento por allí con nadie" (Valdeterrazo, 533).

A la casa de Basterreche nos referiremos luego.

Los lectores de Larra saben bien las pestes que lanza el escritor contra la aduana de Vitoria.

José M.^a Iribarren, al principio de su *Vitoria y los viajeros*

(14) La noticia, según el editor, va en un papelillo suelto, escrito de letra de Moratín. Por el chal podemos sacar la fecha aproximada, interesante para la noticia adjunta sobre Goya.

del siglo romántico, y T. Alfaro Fournier, en su *Vida de la ciudad de Vitoria*, ofrecen datos con que aclarar más todavía estos puntos.

PESTE Y VINAGRE.—Una circunstancia imprevista les forzó a extremar el celo en la frontera: el miedo a la peste o fiebre amarilla.

El 21 de agosto de 1821 le escribe Moratín a Melón desde Barcelona: "La prudencia exige que salgamos de aquí. Sea peste o no lo sea, lo cierto es que ya ha habido unos dos o tres que han muerto de ella en la ciudad" (II, 370).

Nueve días después, en carta al mismo desde Gerona, quiere respirar tranquilo: "La circunstancia de no haber contraído el mal ninguno de los asistentes y tenerle sólo los que han estado algún tiempo en los buques, nos da a entender a todos que, aunque se mueran todos los marineros del puerto, la enfermedad no se pegará a los que no han entrado jamás en aquellas fétidas embarcaciones" (II, 371).

Pero en la enderezada a Melón desde Perpiñán, el 11 de setiembre de 1821, vuelve a acometerle el pesimismo: "Las noticias de Barcelona son peores cada vez" (II, 373).

Las medidas drásticas adoptadas en la frontera les alcanzaron también a las cartas: para evitr que se trocaran en vehículo de la peste, tomaron la providencia de cortarlas y rociarlas o empaparlas en vinagre. El editor anota que esa carta a Melón desde Perpiñán parece haber sido mojada en vinagre por los cuatro costados (II, 373).

Moratín le advierte a Prada desde Burdeos el 16 de noviembre de 1821: "Llegan las cartas tan estropeadas con las cortaduras y el vinagre, que la de Vd. apenas podía leerse" (Valdetrero, 520).

Al año siguiente, el 11 de abril, desde Burdeos, le da instrucciones al mismo Prada: "Hecha esta operación por manos fieles, quisiera también que usted se hiciera depositario de las láminas, y que de todo lo manuscrito hiciera un paquete remitiéndolo hacia acá, y tomando las precauciones necesarias para que desde Irún le hicieran pasar la línea sin la operación de las cortaduras y el vinagre que todavía están en su fuerza y vigor como el primer día" (II, 408-409).

Pasaba el tiempo y no las precauciones, y así el 13 de noviembre de 1822 volvía a informarle a Prada desde Burdeos:

“Aquí llegaba, cuando —hoy, 14— recibo dos cartas de usted, una del 4 y otra del 7, con sus correspondientes cuchilladas, para evitar el contagio” (II, 437).

SALINAS, PATRIA Y FE.—Con su vinagre y sus cuchilladas las cartas llegaban al fin a manos del destinatario. Peor les fue cuando las partidas y guerrillas infestaron nuestros caminos.

El 11 de setiembre de 1822 decíale a Prada desde Burdeos: “Las tropas de la Fe se han apoderado en la cuesta de Salinas de la correspondencia de dos correos: el de Madrid, que debía haber llegado aquí el lunes 3, y el de aquí, que salió para Madrid el miércoles 4” (Valdeterrazo, 530).

A fines del mismo mes, el 27, tornaba al tema en carta al propio Prada: “Si alguna me ha escrito usted después, estará en manos de los defensores de la Fe [...] Perdone usted la incomodidad, que no se la daría si no temiese que la interceptación puede repetirse, y no quisiera cansarme en escribir, si mis cartas han de servir de tacos para los puestos avanzados de la cuesta de Salinas” (II, 427-428).

Dios y Rey sueñan en carta del 8 de noviembre de 1822, a doña Francisca Muñoz: “Y cito esta sola, porque es la única que ha llegado a mis manos; las demás que usted dice haberme escrito, no las he visto, y ya habrán servido de cartuchos a la *pobre gente* que está sirviendo a Dios y al Rey por esos montes y derrumbaderos” (II, 434).

Cinco días después le participa a Prada el envío de un regalo: “Le he remitido a Bayona y desde allí verá Mr. Molinié de qué manera podrá dirigirle a manos de usted, sin que la Patria o la Fe, que andan atravesándose por esos caminos, le cojan en sus manos pecadoras y le hagan astillas” (II, 436).

La repetida escena continuaba atormentándole como una pesadilla el 1 de diciembre, al escribirle a Melón: “Que aunque yo soy el que la escribo, no soy yo el encargado de llevar mis cartas hasta Madrid, que como la Fe y la Patria se atraviesan a cada paso por los caminos, no será mucho que la Patria y la Fe necesiten papel para hacer tacos y envolver cigarros” (II, 439-440).

Fácil sería ilustrar los datos del madrileño desterrado con otros de los historiadores de aquellos años turbulentos. Comprobaríamos la virulencia del movimiento realista, la alarma del clero, intervención del dinero del Rey en el levantamiento de partidas absolutistas; presencia activa del general bilbaíno Eguía en

Bayona con su banderín de enganche para el titulado *Ejército de la Fe* (15).

Cuando el 30 de octubre de 1822 el Congreso de Verona acuerda la intervención, nuestras guerrillas se crecen.

El 14 de febrero de 1823 (16) le pronostica Moratín a Melón desde Burdeos: "En el mes de abril tendrás tres divisiones de a treinta mil hombres: una por Cataluña, otra por Aragón y otra por Guipúzcoa" (II, 398).

El paso de los "Cien mil hijos de San Luis", la capitulación de Cádiz, las órdenes de Angulema son insuficientes para poner paz en nuestra tierra. Nos lo prueba la carta dirigida a Prada el 4 de diciembre de 1823: "He recibido los dos libros que usted me ha remitido de los *Orígenes de la lengua española*, y es cuasi milagro que hayan atravesado con tanta facilidad la cuesta de Salinas, en donde los días pasados ha habido zafarrancho general con todo pobre diablo que ha pasado por allí. Dentro de pocos meses se hallarán en el mismo floreciente estado los demás caminos de la Península, y esta consideración me quita la gana de comprar ahí unos cuantos libros, que me hacen muchísima falta para mis cosillas. Gastar dos o tres mil reales —que ahora no tengo—, y saber que el cajón y los libros han servido para cocer el arroz de la *pobre gente* en medio del monte, no me conviene de ninguna manera. Eso se va africanizando por minutos" (II, 488).

Quien desee comprobar la exactitud de las noticias epistolares a la luz de la historia local, hallará en T. Alfaro Fournier (17) datos precisos sobre revueltas, encuentros, venganzas sangrientas, asaltos de correos, focos de rebelión como el de Arlabán, insurrección alavesa y otros episodios deplorables por los años de estas cartas moratinianas.

Rafael Gamba (18) traza un cuadro vigoroso del ambiente de Navarra por aquellos días de la primera guerra civil con vic-

(15) Véase P. AGUADO BLEYE y C. ALCAZAR MOLINA, *Manual de Historia de España*, t. III, 6.^a ed., Madrid, 1956, pág. 593.

(16) Aunque en la edición esta carta no lleva año y va incluida entre las de 1822, creo que por el vaticinio de la invasión, ocurrida realmente el 7 de abril de 1823, a este año corresponde.

(17) *Vida de la ciudad de Vitoria*, Madrid, 1951, pág. 281 y sigs.

(18) *La primera guerra civil de España (1821-1823)*..., Madrid, 1950, páginas 51-138. Lleva índice de nombres. El "Ejército Real de la Fe" surge en el manifiesto de la pág. 83.

torias realistas muy sonadas, contactos con el guerrillero guipuzcoano Gorostidi, con el vizcaíno Guezala, con el alavés Zabala. alusión a las operaciones de Aizquibel en Alava.

Las campañas de ese cura Gorostidi quedaron relatadas en una crónica anónima contemporánea (19).

José Múgica (20) nos habla de las luchas entre absolutistas y constitucionalistas en San Sebastián, de la disparidad fundamental de ideas e intereses y consiguiente lucha de Guipúzcoa contra San Sebastián.

PERSONAJES.—En las cartas de Moratín ocurre un buen número de personajes de apellido vasco. Con unos mantiene trato. Otros están relacionados con él. Haremos aquí su censo, aun contando con el hecho notorio o la posibilidad de que muchos de ellos llevaran largos años lejos del País. Los hay sobrado conocidos junto a algunos oscuros. Los datos referentes a éstos, sumados a nuevos datos de distinta procedencia, tal vez contribuyan a darles relieve y le sean útiles a algún investigador.

ARGAIZ.—Con Argaiz recorre Moratín las calles e iglesias de Toledo el lluvioso 4 de abril de 1806 (III, 290).

“D. Francisco Javier de Argaiz, Rector perpetuo de aquel Colegio, podrá facilitar el préstamo de las dichas tragedias” (II, 441).

Refiérese al Colegio de Escolapios del Avapiés. Ignoro si el Argaiz de 1806 es el mismo de 1822.

ARIZCUN.—“Ayer llegué a Londres; hoy he visto a Las Heras y al Embajador, que me ha recibido muy bien. Las primeras narices con quien he tropezado en esta ciudad han sido las de Arizcun” (II, 125).

La carta es del 28 de marzo de 1792. Para su identificación acaso ayuden las noticias que ofrece A. Cotarelo y Mori (21) sobre las buenas relaciones de D. José Arizcun Pontejos y Sesma con Huerta.

ARTEAGA.—El 22 de octubre de 1793 visita en Roma el co-

(19) *Relación histórica de las operaciones militares de los realistas guipuzcoanos acudillados por el presbítero Gorostidi, desde su formación en defensa de la Religión y el Rey, hasta la suspirada libertad de S.M., San Sebastián, 1824.* No la he visto; la cita GAMBRA, pág. 26.

(20) *Carlistas, moderados y progresistas...*, San Sebastián, 1950, página 24 y sigs.

(21) *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, págs. 334, 343, 535.

mediógrafo al jesuíta expulso y le lee *El Tutor*: no le gusta (III, 247). Moratín debió de quemar su obra para que renaciera mejorada en *El sí de las niñas*.

AZANZA.—“Azanza y Goya han estado a punto de morir” (III, 54). La noticia es del 16 de junio de 1825. Azanza será el de la *Memoria justificativa*, reeditada ahora en BAE, 97.

BASTERRECHE.—“Tus cartas me hallarán en Bayona. Pondrás en el sobre: *A los Sres. Basterreche Hermanos y Compañía, Bayona*; y otro interior para mí” (II, 374). Se lo dice a Melón el 11 de setiembre de 1821, desde Perpiñán, anunciando su próxima llegada a las orillas del Adour. La misma recomendación le hace, ya en Bayona, en la carta siguiente (II, 374). Y se la repite a Silvela, aunque a éste le da la dirección en francés (II, 375-376). La agencia Basterreche debió de servirle con fidelidad (II, 447, 451, etc.).

BOLIVAR.—“Bolívar en Lima; el Callao y las embarcaciones que allí había y todo el ejército real, que ha quedado prisionero de guerra, juntamente con el virrey La Serna y los generales Canterac y Valdés... Hoy se anuncian estos disparates, firmados por el secretario de Bolívar, con fecha 18 de diciembre” (III, 41). La carta es del 10 de marzo de 1825.

ELIO.—“Fui a Valencia, donde mandaba el general Elío; y pónesele en la cabeza perseguirme y desterrarme a Francia” (II, 212). Se lo cuenta a Melón desde Barcelona el 30 de julio de 1814.

En la *Vida* de Moratín (I, 42-43), Manuel Silvela añade algunos pormenores sobre la violentísima escena del encuentro del escritor con el general navarro: en un arrebato de cólera echó mano a la espada y Moratín quedó medio muerto con sus amenazas.

En Burdeos habría recordado su amargo trance de la ciudad del Turia, si llegó a enterarse de la muerte ignominiosa, garrote vil, con que acabó en Valencia el militar pamplonés absolutista, el 4 de setiembre de 1822. Y aun pudo ver la estampa que corría con la escena macabra (22).

ERRO.—“Si usted tuviese proporción de hablar al Sr. Erro” (II, 481). Trátase del Ministro de Hacienda, quien podía disponer se le pagase la pensión sobre la mitra de Oviedo con los atrasos.

(22) La reproduce A. BALLESTEROS, *Historia de España...*, t. VII, Barcelona, 1934, pág. 194.

ESAIN.—Lo hemos hallado antes, en el apartado de los recuerdos.

ESPOZ Y MINA.—“Algo sé de D. Francisco Espoz y Mina por los papeles públicos” (II, 388). La carta, del 18 de diciembre, va entre las de 1821.

GOROSTIZA.—“Los dos Gorostizas están aquí; a quien suelo ver alguna vez en la calle es a D. Pedro, al otro no” (II, 317). La carta está fechada en París el 16 de setiembre de 1819.

GOYA.—Ha ocurrido al hablar de Azanza y antes, cuando el chal. Manuel Laborde expuso con claridad la oriundez guipuzcoana del pintor, en este BOLETIN, 1951.

IRABURU.—Vivió en Valencia en estrecheces y angustias, hasta que, llegado el caso de evacuarla, salió en un mal calesín, acompañado de doña Teresa Iraburu. Volcó el calesín y la señora se rompió una clavícula (I, 42). Es noticia de Silvela.

LANDABURU.—“A esto se añade un pequeño expediente que consta de algunas cartas, esquelas, etc., relativas a intereses con un tal Landaburu” (Valdeterrazo, 530).

LUZURIAGA.—“En mal lugar vive para esa enfermedad. Luzuriaga la inventó; pero no la cura” (II, 393). Enfermedad, un cólico bilioso.

“Consérvate bueno y alegre, y no hagas lo que Luzuriaga, a quien yo tenía pronosticado mucho tiempo ha lo que le acaba de suceder” (II, 414).

El mal suceso tal vez sea la muerte. La carta lleva fecha del 11 de mayo de 1822.

Impensadamente se me ha venido a las manos un pasaje ilustrativo, en Mor de Fuentes (23): “Dióseme luego a conocer un llamado Arana, que parece era en realidad Luzuriaga, hermano del famoso médico”. El seudo Arana anda embarcado en la impresión de unos folletos, decomisados luego en Bayona; más tarde es comandante de batallón por el Pretendiente, según añade Mor de Fuentes.

LLAGUNO.—Moratín le visita a Llaguno en abril de 1792 (III, 243).

Dos epístolas de 1787, dirigidas desde París a D. Eugenio de Llaguno y Amirola, son nueva prueba de las aficiones literarias

(23) En el *Bosquejillo de la vida y escritos...*, BAE, 97, 403 a.

del destinatario (II, 93-96 y 97-100). Ocurren otras alusiones: al oficial de la Secretaría de Estado (II, 100); a "nuestro buen Llaguno, que respira concordia y paz (II, 106); único a quien puede encargar cierta comisión (II, 119); envía saludos a los dos Llagunos (II, 81).

Ricardo de Apraiz dedicó en 1948 un buen trabajo a Llaguno, en este BOLETIN. Citaba en él a Leandro Fernández de Moratín, si bien parece que no tenía a la vista el epistolario del madrileño.

MAIZ.—El Sr. Maiz encamina una carta a su destino (III, 80).

MUZIBARRENA.—"Reinés debe estar a la hora de ésta en la ciudad de León de Francia, situada entre el Ródano y el Saona: no iba muy contento, porque no preveía más que chismes y remoquetes con sus consuegros, los ilustrísimos Muzibarrenas" (II, 354). Carta del 8 de mayo de 1821, desde Barcelona, a Melón.

MUZQUIZ.—Noticia de Melón sobre Cabarrús, Lerena y Múzquiz, conde de Gausa, Ministro anterior de Hacienda (III, 380).

ORTIZ DE ZUGASTI.—Don Pedro Ortiz de Zugasti, cónsul general en Francia, extiende en Burdeos copia del testamento de Moratín (III, 307-310).

SAMANIEGO.—Noticia de Melón sobre el modo como ocupó Moratín el puesto vacante a la muerte de Samaniego (III, 381).

URQUIJO.—"Otra cosa: si en alguna carta vieres que cerdeo un tanto cuanto, y que me punza el amor de la patria, y dejó traslucir el laudable propósito de volverme a ella, envíame, para curarme de tales vértigos, alguna noticia semejante a la de la apoteosis de Urquijo; que te quedaré sumamente agradecido, y restablecerá, como por la mano, mi salud mental" (II, 131).

Le escribe a Melón desde Londres en 1793 hacia la primavera, según calculo. Trátase, a mi ver, de Mariano Luis de Urquijo, que en 1791 había publicado su traducción de la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, con un discurso original que le valió un conato de procso intentado por los cómicos españoles (24). Esquivó la orden inquisitorial de prisión gracias a la protección de Floridablanca. La "apoteosis" es probable que apunte al nombramiento oficial de la primera secretaria de Estado, en 1792, o a alguna otra breva alcanzada por el bilbaíno retratado por Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos*.

(24) Véase COTARELO, o.c., pág. 404.

En 1795 vuelve a citarlo pensando en los buenos servicios que puede prestar desde su puesto (II, 160).

URRUTIA.—“Yo no sé cómo he de satisfacer su curiosidad de usted, para que vea a D. Roque de Urrutia, de quien le han dado tan favorables informes. Si el Sr. Llaguno no me hace el gusto de encargarse de esta comisión, no sé de quién valerme” (II, 118-119). Se lo escribe a Conti el 8 de enero de 1788.

Como a renglón seguido se refiere a un pliego, es claro que el Urrutia codiciado por el italiano no designa a ningún vasco de carne y hueso, sino a la comedia de Moratín, estrenada en 1790, *El viejo y la niña*, cuyo protagonista se denomina don Roque de Urrutia. Llaguno se encargaría de hacerla llegar a Bolonia. Por cierto que don Roque, hacia la mitad del segundo acto, recuerda los tiempos en que iba a jugar al revesino con don Pedro, don Andrés y don Martín de Urquijo.

ZAVALA.—En el romance dedicado a una dama que le pidió versos y comienza: *¿Versos le pedís a un hombre?...* (25), nos dice Moratín que Zavala, execrable autor, fatiga las prensas con la ayuda del diablo que inspira malos versos y monstruos en vez de comedias.

Por Cotarelo (26) sabemos que el tal don Gaspar de Zavala y Zamora era valenciano.

ZUBIAGA.—“Recibí por mano de Zubiaga una carta tuya” (II, 479). A Melón, desde Burdeos, el 16 de octubre de 1823.

AUTO DE FE.—Volver a recordar los sucesos de 1610 sería impertinente. Ciñéndonos a Moratín podríamos indagar los motivos o la ocasión que le impulsaron a reeditar anotada la relación coetánea del Auto. Pero de esto y del temple del anotador habló ya Menéndez y Pelayo (27).

Moratín se solazaba aumentando el desprestigio de la Inquisición, recién abolida por el rey José. Asociarnos al Bachiller Ginés de Posadilla y tirar una piedra más contra ella desde los montes de Navarra sería empresa demasiado fácil. Declararse acérrimo defensor y ciego panegirista de todos sus actos, sonaría a trasnochado, máxime si se tienen en cuenta, como nota J. Goñi Gaz-

(25) BAE, 2, 602 α.

(26) Obra citada, pág. 399.

(27) *Historia de los heterodoxos españoles*, ed. Nacional, Santander, t. V, 1947, pág. 331, y t. VI, 1948, pág. 27.

tambide (28), "las opiniones de sabios católicos para quienes la Inquisición ha causado a la Iglesia más daño que provecho". Dejemos, pues, a un lado denuestos y ditirambos, y acabemos con noticias desconocidas de Moratín.

Seguramente habrá hoy lectores del opúsculo moratinesco a quienes se les encalabrinen los nervios imaginando la peregrinación de aquellas pobres gentes desde la raya de Francia hasta el otro lado del Ebro (29).

La irritación no es de ahora. Según José M.^a Iribarren (30), al año y tres meses del Auto de Logroño, en fecha 22 de febrero de 1612, las Cortes de Navarra acordaron pedir al Rey "que de aquí adelante no se entremetan los jueces del tribunal de la Santa Inquisición que reside en Logroño, ni otros tribunales algunos fuera de los hordinarios de este Reyno en conocer de las causas criminales de los familiares (de la Santa Inquisición) y de los demás naturales deste Reyno, ni los compelan con censuras ni de otra manera a fundar juycio ante ellos sobre ninguna caussa mere profana, antes dexen conozer dellas a los tribunales de corte y consejo u otros deste rreyno que dellas deban conozer conforme a los fueros y leyes..." (Archivo provincial. Sección de Negocios Eclesiásticos, legajo 2.º, carpeta 14, año 1612).

Tal actitud de Navarra venía de muy atrás, según se desprende de un trabajo muy bien documentado de F. Idoate (31): "Problema muy debatido fue el de la jurisdicción, es decir, si era de incumbencia de la Inquisición juzgar a los brujos, o del Consejo Real. Una Cédula real de 1530 tiende a resolver la cuestión a raíz de ciertos rozamientos habidos entre ambos tribunales."

Y podríamos remontarnos más todavía al hilo de los datos brindados por Yanguas en su *Diccionario*, en el artículo dedicado a la Inquisición.

La repugnancia de Navarra parece nacía de la persuasión de

(28) En una recensión de "Hispania Sacra", 7, 1954, 248.

(29) Sin los errores geográficos registrados por J. GARATE, *El dia-blo sabia euskera*, en "Eusko-Jakintza", 6, 1952, pág. 72.

(30) *Historias y costumbres (Colección de ensayos)*, Pamplona, 1949, página 275. Al pasar al libro quedó mejorado el trabajo aparecido en "Príncipe de Viana", 5, 1944, 422-427.

(31) *Brujerías en la Montaña de Navarra en el siglo XVI*, en "Hispania Sacra", 4, 1951, 194. Los documentos presentados por IDOATE, páginas 204-207, son útiles para trazar la historia de las "altercaciones" entre inquisidores y señores del Consejo Real.

que el santo tribunal se inmiscuía en asuntos civiles o políticos (32).

Por lo que hace a la actitud inquisitorial frente al Consejo Real de Navarra, léase (33) la carta del Inquisidor de Calahorra al de Cuenca, fechada a 20 de octubre de 1529, es decir, en vísperas de la Cédula real mentada por Idoate.

J. Simón Díaz (34) ofrece pormenores interesantes sobre un decenio inquisitorial en Navarra y Vascongadas.

En lo literario la *Relación* del auto de Logroño puede ufanarse de haber dado curso al tecnicismo aquelarre, como advertí en otro lugar (35), siguiendo a González de Amezúa. Aunque sospecho que el vocablo pasó inadvertido entre los escritores hasta la reedición (36) del Bachiller Ginés de Posadilla. De hecho Comrominas le da la primacía a Moratín. En el siglo XIX sí que lo usan. Por ejemplo, el Duque de Rivas, al comienzo del segundo romance de *La buenaventura*.

En cuanto a su etimología, se daba por buena la ofrecida por la *Relación*: aquelarre "en vascuence suena tanto como decir grado del cabrón".

Hace unos años A. Irigaray (37) aventuraba su opinión contraria a la tradicional, diciendo que posiblemente se trata del agérato, aker-belar en vascuence. Con todo L. Michelena, en 1955, en la segunda edición de *Apellidos vascos*, manteníase en lo tradicional, aun conociendo la nota de Irigaray y aceptando alguna de sus propuestas, como la de "azur".

Mi autoridad para terciar es nula. Pero me pregunto si no habría ocurrido una desviación del significado primigenio de la

(32) A este respecto son de interés las concesiones de MENENDEZ Y PELAYO a Morel-Fatio, en *Epistolario de Menéndez y Pelayo y Morel-Fatio*, Santander, 1953, págs. 68 y 69.

(33) En A.G. DE AMEZUA Y MAYO, *El Casamiento engañoso y El Coloquio de los perros...* Madrid, 1912, pág. 194.

(34) *La Inquisición de Logroño (1570-1580)*, en "Berceo", I, 1946, 89-119. Trabajo muy documentado.

(35) *Lo Vizcaíno...*, pág. 546.

(36) PALAU, *Manual del librero...*, 2.^a ed., Barcelona, 1948, página 566, s.v. Auto, registra una edición madrileña de 1811. Suelen citar como primera reedición la de Cádiz, 1812. Ya advertía G. DE AMEZUA, o.c., pág. 718, que Moratín "no la reprodujo fielmente sino con importantes variantes y supresiones", y abogaba por una edición íntegra, pues la de Moratín y sus reimpressiones no merecen entero crédito.

(37) *Un ratito a etimologías*, en este BOLETIN, 10, 1954, 105.

palabra: pudo ser primero un inocente topónimo, mancillado luego por la erudición brujesca y "buquesca" de los informadores inquisitoriales.

Pudo ser tan inocente como el "Aker çaltua" del documento navarro anterior a 1073, referente al Aralar (38).

Con ello no intento negarles a nuestros antepasados la capacidad de recordar a las brujas en los topónimos: ahí está, en el siglo XIII, el *Sorginarizaga* de tierras de Roncesvalles, registrado por Campión (39).

Volviendo a la travesura editorial de Moratín, los amigos del arte se la perdonarán en atención a que, según defiende Valde terrazo (517), aquellas escenas de aquelarre fueron la fuente inspiradora de los "Caprichos" y de las "Pinturas negras" de Goya.

(38) Lo cita L. MICHELENA, *Apellidos vascos*, 2.^a ed., San Sebastián, 1955, pág. 125. También lo reprodujo A. LEON, en "Gure Herria" 12, 1932, 525, con ligeras variantes.

(39) *Euskariana (Undécima serie)*, Pamplona, 1934, pág. 79.